

LA NANA OLVIDO

Y OTROS CUENTOS

SANTI GUTIÉRREZ
MARGA LÓPEZ
VIRGINIA BELTRÁN
VERONIKA SROMOVA
DIEGO MARÍN
MARÍA DEL CARMEN YÚFERA
CONSUELO TORREGROSA
MARÍA DEL MAR PÉREZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2022

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Ataur Rahman

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La nana Olvido y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2022

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-8-1

Depósito legal: MU 383-2022

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
LA NANA OLVIDO SANTI GUTIÉRREZ	11
LA PLUMA AZUL MARGA LÓPEZ	17
UNA MIRADA RETROSPECTIVA VIRGINIA BELTRÁN	23
ONE FOOT ON THE GROUND VERONIKA SROMOVA	33
AMBRUT: HISTORIA DE UN DRAGÓN AUTÉNTICO DIEGO MARÍN	41
MIA Y SU CAJA DE CRISTAL MARÍA DEL CARMEN YÚFERA	53
TODO A SU TIEMPO CONSUELO TORREGROSA	57
HORA DE MARCHARSE MARÍA DEL MAR PÉREZ	63
«AHORA TE TOCA A TI»	67
«ÉRASE TU VEZ»	73
ANEXO	81

AGRADECIMIENTOS

Nuestro agradecimiento a La Casa de la Piedra de Murcia por servirnos de plataforma de lanzamiento para los procesos creativos.

A Daniel Caballero impecable en su extraordinaria eficacia en la creación de los diseños de la colección y cada uno de los libros.

A tantas personas que hicieron *Érase tu vez* en otro momento y que nos siguen aportando su experiencia con los cuentos que escribieron y que han ido desvelando caminos.

A Emilia Matilla, creadora del *Oráculo de los Cuentos*, por su infatigable compañía en este camino.

PRÓLOGO

Escribir un cuento es un acto de amor y escribirlo dejándote llevar por la inspiración del momento es un acto sagrado. Cuando nos enfrentamos al folio en blanco nuestra conciencia ha de estar dispuesta para recibir cuanto la Fuente quiera enviarnos. Antes habremos entrado a ese lugar —que Ibn Arabí llamaba Imaginal— donde reside la Creatividad (sí, con mayúscula); donde moran los arquetipos, los cuentos, las metáforas y tantas cosas como hacen al ser humano un ser espiritual.

Y es en este diálogo en el que se han sumergido los asistentes al curso *Érase tu vez* los días 11, 12 y 13 de marzo de 2022, un diálogo con su ser interno que les ha llevado hasta regiones recónditas y que han materializado en los cuentos que podéis leer a continuación.

Los mitos han cumplido una importante labor a lo largo de la historia para que podamos asegurarnos el paso por esta vida aprendiendo a ser humanos. Las autoras y el autor de este volumen han elaborado mitos contemporáneos que a muchos de nosotros nos servirán para comprendernos mejor y evolucionar hacia la Unidad.

Santi Gutiérrez, Marga López, Virginia Beltrán, Veronika Sromova, Diego Marín, María del Carmen Yúfera, Consuelo Torregrosa y María del Mar Pérez son las personas que han puesto sobre el papel su mundo interno para que sirva como guía y deleite a cuantas personas lo lean.

Al volver de esta página comienza el viaje.

LA NANA OLVIDO

SANTI GUTIÉRREZ

*A mis padres,
un amor que me acompaña
y me hace recordar cada día quién soy.*

olvía a sonar esa música en su cabeza. Una nana que le acunaba cuando se sentía sola. No siempre sabía cuándo se sentía sola, tan solo la música comenzaba a sonar.

No recordaba quién ni cuándo se la había enseñado, ni en qué momento la había escuchado por primera vez, pero aquella música, su música, nunca la abandonaba.

Todo comenzó con aquella extraña visita, el día en el que su vida giró y se hizo otra.

Corría el mes de abril, el aire frío se colaba por debajo de la puerta, justo por donde entró el mensaje: «Por orden real, todas las niñas que hayan cumplido los diez años deberán acudir al claro del bosque la próxima luna llena. Quien desobedezca, incumpla o se burle de este mandato, mataremos a su gato».

No era la única niña en aquella casa, pero sí la única que cumplía diez años.

No había abandonado nunca su casa, ni tampoco había salido de noche sola y, por supuesto, nunca la habían amenazado.

Le sorprendió que sus padres no se extrañaran, le sorprendió que no dudaran. Había llegado una amenaza en forma de carta, eso era cierto, pero ni el viento ni la mano que la había introducido bajo la puerta podían tener más autoridad que sus padres.

¿O sí?

—Hija mía, tu momento ha llegado. No lo esperábamos tan pronto, pero debes partir esta misma noche sin dudarlo.

—¡Pero yo no me quiero ir! —lloriqueó—, me da miedo. ¿Qué os pasa, acaso no veis que no quiero separarme de vosotros?

—Eso ya no importa. Te han llamado, nada más podemos hacer.

Una mezcla de incompreensión y rabia le empujó a preparar su pequeña maleta. Recogió su pijama, su capa, su sombrero y su pequeño oso de peluche marrón.

Nadie salió a despedirla. Ni sus adorados padres ni sus hermanas. No podía creer que la abandonaran de ese modo.

Al iniciar el camino del bosque la música volvió a sonar en el interior de su cabeza.

El peso de la maleta le dañaba los dedos de la mano así que se detuvo, sacó a su amigo y abandonó la maleta con el resto de sus pertenencias.

Después de todo su padre pasaría a la mañana siguiente con su carreta camino del pueblo y recuperaría sus cosas.

El pequeño osito de peluche se aferró fuerte a su espalda y asomó la cabeza sobre su hombro izquierdo.

¡La seguiría hasta el fin del mundo!

Llevaba un largo tiempo caminando. Se sentía triste y cansada. Se sentó a descansar sobre una piedra que encontró en el camino. Mientras se encontraba meditando sobre las extrañas circunstancias que estaba viviendo escuchó tras de sí un fuerte crujido.

Asustada se aferró fuerte al pequeño oso de peluche y cerró los ojos.

—¡Vaya! ¿así que ya tienes diez años? Quién lo hubiese dicho, no se te ve muy alta aunque sí algo desgarbada.

Abrió los ojos, se giró y apareció un viejito alto y enjuto. En una mano sostenía una vara que le servía de bastón y con la otra peinaba y acariciaba su larga barba gris.

—La última vez que te vi apenas si levantabas tres palmos del suelo. Pero tus ojos conservan la misma mirada curiosa.

—¿Quién eres?, ¿de qué me conoces?, ¿cómo sabes mi edad?

—Soy Duldor, el viejo árbol leñoso.

Desconocía que los árboles pudieran adquirir apariencia humana y hablar nuestra lengua pero las preguntas que realmente quería hacer a Duldor eran referentes a ella.

—Duldor, ¿sabes adónde me dirijo?, ¿sabes para qué me han llamado?

—Que yo lo sepa no te servirá, tan sólo estoy aquí para guiarte hacia el claro del bosque. Sigue el sendero hasta llegar al río, crúzalo saltando sobre las tres piedras. No intentes cruzarlo por el puente o el agua te arrastrará.

—Está bien, te haré caso. No porque comprenda lo que me dices sino porque eres un árbol parlante y eso no se discute.

Siguió su camino y al llegar al río lo cruzó saltando sobre las tres piedras y frente a ella apareció el claro del bosque.

Banderas de colores, estandartes y fogatas en círculo marcaban el lugar exacto del encuentro.

Una veintena de niñas se encontraban ya allí. Nadie se lo dijo, pero le dio la impresión de que la esperaban. A la señal de uno de los soldados de la guardia real, comenzaron a sonar los tambores y flautines.

Todo el grupo quedó inmóvil en el claro del bosque cuando un rayo de luna atravesó el cielo y descendió moviéndose sobre las cabezas de las niñas.

Entonces ocurrió. El haz de luz que proyectaba la luna se fijó sobre ella iluminándola sobre las demás.

—¡Bien, aquí la tenemos! Justo a su hora la luna se ha manifestado claramente... tra tra.

¡Es la elegida!

—¿La elegida? ¿La elegida para qué? —preguntó la niña.

—La elegida para cortar las cuerdas, para desandar lo andado, para enmendar lo hecho y hacer lo acordado. Para escuchar los silencios, para salar las lágrimas y para tirar del hilo que conecta las risas.

—No entiendo nada de lo que dices. Yo no sé hacer nada de eso. Solo soy una niña, no tengo edad para misiones arriesgadas, ni espíritu. Solo tengo un pequeño oso de peluche al que ya ni siquiera le brilla el pelo.

—Mira, a la luna no se le discute y a los reyes tampoco. Una te ha señalado y el otro, que soy yo, te he nombrado, así que deja de gimotear y vuelve a tu casa y comienza cuando antes tu tarea. El camino de vuelta borrará lo aquí vivido, cada paso que des borrará el anterior. El olvido no es castigo es el regalo con el que te doto para que todo te sorprenda y todo descubras.

Llegó a su casa y se metió en la cama. Nada recordó al día siguiente, ni al siguiente, ni nunca más de lo vivido aquella noche.

No pudo explicar la razón por la que su padre encontró su pequeña maleta al borde del camino, ni tampoco de dónde había salido esa nana que tarareaba a todas horas, pero cuando alguien le preguntaba desde cuándo escribía cuentos, respondía sin dudar: «¡desde el día que cumplí diez años!».

LA PLUMA AZUL

MARGA LÓPEZ

Erased una vez un ruiñeñor que vivía en una pequeña aldea en la ladera de una montaña. La montaña era grande, de paredes altas y lisas, y en ella rugían día y noche unos fuertes vientos que atemorizaban mucho al pequeño ruiñeñor. Tenía tanto miedo de ser atrapado por alguno de aquellos vientos traicioneros y desaparecer, que el ruiñeñor nunca volaba más allá de la aldea, procurando mantenerse alejado de la gris montaña.

Una mañana, después de hacer su ronda diaria de casa en casa y de huerto en huerto, el ruiñeñor se posó en la rama de un árbol, y allí estaba descansando medio adormilado cuando de repente, escuchó una voz susurrante que le dijo:

—Vivo donde vives tú.

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién habla? —preguntó el ruiñeñor sobresaltado.

—Búscame y me verás —contestó la extraña voz.

Y entonces, una pluma azul cayó suavemente del árbol y se posó en el suelo.

El ruiñeñor voló rápidamente hacia la pluma, pero apenas la había rozado con el pico cuando un viento apareció... y se la llevó volando.

El ruiñeñor se sintió entonces muy triste, desolado. ¡Había estado

tan cerca de atraparla! Pero, en el último instante, se le había escapado.

Sin pensarlo, voló hacia la granja más cercana y allí les preguntó a unas cabras que pastaban pausadamente en el campo:

—Amigas cabras, ¿habéis visto una pluma azul del color del cielo en primavera?

—Sí —respondió una de las cabras levantando la cabeza de la hierba—, la vimos pasar arrastrada por el viento en dirección a la montaña.

—¡En la montaña encontrarás lo que has salido a buscar! —dijeron todas las cabras a coro.

El ruiseñor miró con temor hacia la montaña, sacudió la cabeza y decidió seguir con su búsqueda.

Volando llegó hasta un lago que había a las afueras de la aldea. Allí había un cisne que se paseaba deslizándose tranquilamente sobre el agua. Se acercó a él y le preguntó:

—Cisne hermoso, ¿has visto pasar una pluma azul del color del cielo en primavera, larga y fina como un hilo de plata?

—Sí, pequeño ruiseñor —contestó el cisne al instante—, por el aire la vi viajar, empujada por un viento que la llevaba hacia allí.

El ruiseñor miró en la dirección indicada por el cisne y se estremeció al ver de nuevo la montaña.

—En la montaña encontrarás lo que has salido a buscar —dijo el cisne en tono grave antes de dar media vuelta y seguir con su paseo por el agua.

El ruiseñor agitó nervioso las alas, sacudió de nuevo la cabeza y siguió con su búsqueda.

En el camino que se dirigía hacia el bosque que se extendía bajo la montaña, el ruiseñor se encontró con una libélula descansando sobre una flor y le preguntó:

—Señora libélula, ¿has visto pasar una pluma azul del color del cielo en primavera, larga y fina como un hilo de plata y fuerte como un junco?

—¡Sí que la he visto! —contestó rápidamente la libélula—, pasó volando sobre mi cabeza y el viento la dejó justo en la cima de la montaña.

Al ruiseñor aquella noticia lo dejó helado.

—¡Ay pequeño ruiseñor! —dijo la libélula con pena al verlo tan abatido—, en la montaña encontrarás lo que has salido a buscar. —Y tras decir esto, emprendió el vuelo.

El ruiseñor finalmente se armó de valor y siguió su camino adentrándose en el bosque. Se posó en la rama de un árbol para descansar cuando, de repente, un lobo que andaba olisqueando entre los arbustos lo vio y le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste ruiseñor?

—Porque debo ir a la montaña ¡y es tan grande, y los vientos allí son tan fuertes! Y yo soy tan pequeño...

—Ven, agárrate a mi cola que yo te llevaré —le dijo el lobo con firmeza.

Y así lo hizo. El ruiseñor se agarró con el pico a la cola del lobo y de esta manera llegaron a los pies de la montaña. Allí el sonido del viento era atronador y el ruiseñor tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltarse.

El lobo dio varias vueltas a lo largo del muro de piedra, eligió el lugar y apoyó sus patas delanteras en la pared de la montaña que cedió, apareciendo una abertura lo suficientemente grande para que cupiese el lobo. Entraron por ella y el ruiseñor se sorprendió al ver ¡que la montaña era hueca por dentro!

El interior no estaba oscuro gracias a unos pequeños agujeros que horadaban aquí y allí las paredes de la montaña y por los que entraba una tenue luz. Y también algún viento.

—A partir de aquí deberás seguir tú solo —le dijo el lobo antes de marcharse—. ¡Suerte pequeño ruiseñor!

El ruiseñor siguió con la mirada al lobo mientras que desaparecía por la abertura y, tras echar un rápido vistazo a la cima, co-

menzó a ascender batiendo sus alas con fuerza. De vez en cuando algún viento se colaba en el interior de la montaña y obligaba al ruiseñor a volar veloz en otra dirección para evitar ser golpeado contra la pared. Arriba, arriba, cada vez más arriba. Al pequeño ruiseñor no le quedaban fuerzas cuando, cerca de la cima, vio un pequeño saliente en el muro de piedra. Voló hacia allí y cuando llegó, exhausto, se quedó dormido. Se despertó sobresaltado y ya iba a reanudar su vuelo cuando notó que sujetaba algo con el pico. ¡La pluma azul!

No sabía cómo había ocurrido, pero allí estaba. ¡Por fin la tenía! Y esta vez no la dejaría escapar. Con rapidez, voló hacia la abertura del muro, la atravesó y ¡zum!..., salió de la montaña.

El lobo se sintió muy orgulloso del ruiseñor cuando lo vio volar con la pluma en dirección a la aldea, y pensó «bien hecho pequeño ruiseñor».

La libélula, el cisne y las cabras celebraron con alegría su triunfal regreso y estas últimas le gritaron a coro:

—¡Bravo ruiseñor, eres el más valiente!

Al llegar a la aldea voló directamente hacia el árbol del que había caído la pluma y al acercarse fue cuando lo vio, un ser mágico, mitad árbol mitad ave, con un gran tronco y unas hermosas alas extendidas en el aire hechas de plumas azules, hojas verdes y ramas entrelazadas. Y en la cabeza, un gran pico y unos ojos penetrantes que lo miraron durante un instante, el suficiente para decirle que lo había hecho muy bien. Y tras esto, el ser mágico desapareció.

Desde ese día, el ruiseñor voló sin miedo a los vientos y llegó lejos, lejos, muy lejos.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

*Entre palmeras y almendros
crecí, entre la mar y el cielo,
entre azahar y versos.*

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

VIRGINIA BELTRÁN

En la casa de la playa, a través de la única ventana con rejas de hierro porque daba a la calle, Lou contemplaba la nada. Todo le parecía insulso como una sopa aguada. Un despensa casi vacía, estanterías con demasiados libros y un silencio que la aterraba.

Lou miraba alrededor y nada tenía sentido. Había perdido el pulso y la chispa y se ahogaba en una tristeza antigua que no comprendía. Cuando se sentía así, no se dejaba ver, ni abrazar, ni consolar. Conocía bien aquella sensación: esperaba sentada hasta el último momento y, justo antes de que la aplastara el Dragón del Tiempo, escapaba corriendo por una rendija, minúscula e invisible, sin mirar atrás.

Aquella mañana, su alma nómada le susurró que había llegado la hora de cerrar la casa, los porticones de las ventanas y empezar a andar.

Caminó y caminó, preguntó y dudó, no sabía a dónde iba pero seguía. Lou siempre seguía adelante.

Llevaba muchos días caminando, estaba exhausta y tenía sed. Al final de una calle, vio una luz y se acercó. Era una taberna de aspecto siniestro, pensó en retroceder pero al final entró. Se sentó en la barra, pidió un vaso de agua y mientras sentía el agua fresca deslizarse

por su garganta como una bendición, no pudo evitar escuchar a tres hombres que discutían sobre cómo llegar a un lugar mágico llamado el Valle de la Luz. Decían que no estaba lejos, que era una tierra fértil que respiraba hinchando el vientre y espiraba a través de las ramas de árboles gigantes. Decían que el agua que corría por sus ríos sanaba y el aire embrujaba al corazón invitándole a navegar entre mares de olvido.

Lou pensó que aquello era una señal, quería encontrar aquel lugar. Tomó nota de las indicaciones que le dieron aquellos hombres; bastante confusas, por cierto, porque ninguno había estado allí.

Lou era así. Nada parecía haber cambiado, sin embargo, el solo hecho de pensar que se dirigía a algún lugar, aunque fuese incierto, le hacía avanzar a un paso más ligero, como si sintiera menos peso. ¿Cómo será el Valle de la luz?, ¿a quién conoceré allí?, ¿qué aprenderé?

Anocheceía. Lou se acomodó bajo un roble inmenso y se durmió.

A la mañana siguiente, al despertar, vio ante sus ojos la muralla azul de la que aquellos hombres habían hablado. Estaba entusiasmada, lo había logrado. Aceleró el paso y caminó junto a la muralla hasta lo que parecía ser la entrada. De la nada apareció una anciana que sostenía una imponente vara en su mano izquierda y con un gesto, tan firme como amable, le impidió pasar.

—Buenos días, ¿es esta la entrada al Valle de la Luz?

—Lo es —respondió la anciana.

—Me gustaría entrar —respondió Lou, y dió un paso hacia delante.

—Lo siento, Lou, no puedes entrar, aún no estás preparada.

—¿A qué se refiere? ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Nos conocemos? ¿Acaso hay que pagar el acceso?

—Nada de eso, querida. Y sí, te conozco bien, sé de tus esfuerzos y las batallas ganadas, pero has hecho algunas trampas para llegar hasta aquí y eso es lo único que impide la entrada.

—¿Trampas?, ¿qué trampas?

—Te has saltado tramos importantes del camino, esas piezas que siempre te faltan y sales a buscar una y otra vez cambiando de ciudad, de casa, de rumbo. Antes de poder entrar, deberás echar una mirada atrás y recordar los pactos que hiciste hace mucho tiempo y que te han robado días de calor y sueños.

—Creo que me confunde con otra persona, no sé de qué me habla —dijo Lou, algo molesta.

—¿Recuerdas al sapo que engulliste sin masticar porque no soportabas su agresivo croar? ¿Recuerdas aquellas gotas sagradas que encerraste en una botella y dejaste olvidadas en un desván? ¿Recuerdas cuando pasaste a través de un campo de incipientes amapolas porque no tenías ni el tiempo ni la paciencia para dar la vuelta y verlas crecer a tu lado, a su ritmo, de cerca? ¿Recuerdas las veces que usaste las palabras como espadas afiladas para esconder el miedo y el dolor?

—¡Basta, basta! ¿Quién es usted? O, mejor aún, ¿quién cree ser para hablarme así?, ¿qué sabrá de mí?

—Soy la Guardiania del Destino, custodio tu Libro de la Vida y en mí vive el espíritu de todo tu linaje. He seguido tus pasos desde que naciste y nunca he interferido en tus decisiones, excepto un par de veces, cuando perdiste el equilibrio y te rondó la Dama Negra, seductora como una serpiente, pero no era tu hora. También en esos momentos hiciste trampas sin querer, tomando atajos en nombre de la libertad, aunque solo huías, una vez más.

—De verdad que no sé de qué está hablando. Yo amo la vida, soy una guerrera nata y jamás me he rendido.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando Lou dio un paso atrás, tropezó y cayó de bruces sobre una zarza. Una espina se clavó en su pupila derecha.

—Mire lo que ha pasado, por su culpa. Qué inoportuno ha sido nuestro encuentro —gritó Lou. Se levantó como pudo, cubriendo con la mano el ojo herido y abrumada de dolor se alejó de allí.

Caminó y caminó, preguntó y dudó si encontraría a alguien que pudiera ayudarle, pero siguió. Lou siempre seguía adelante.

Por fin llegó a una aldea y encontró a un pastor que le dijo que podía quitarle la espina. Lou decidió confiar en aquel desconocido, de manos fuertes, que tomó unas pinzas, las desinfectó con aguardiente y le dijo:

«Respira profundo, piensa en algún momento mágico de tu vida».

Y con extremo cuidado le arrancó la espina del ojo. Unas gotas de sangre resbalaron por la mejilla derecha hasta el cuello y mancharon un pañuelo que Lou siempre llevaba como talismán de protección. Fueron solo unos segundos de un dolor intenso, como una descarga eléctrica que alcanzó hasta el último poro de su piel. Lou pensó que se le había partido el corazón en dos.

Aquel buen hombre le vendó el ojo y le dijo que tendría que guardar reposo un tiempo, en algún lugar tranquilo y en penumbra, a poder ser. Que se curaría y que tenía mucha suerte de poder ver con el ojo izquierdo.

—¡Ese es mi ojo débil! —exclamó Lou, displicente. —¿Y dónde voy a encontrar un lugar tranquilo para curarme? Estoy lejos de mi casa, por no saber, no sé ni dónde estoy y no conozco a nadie aquí.

—Has vuelto a tener suerte. Cerca del arroyo hay una casita, la heredé de mi madre pero nadie la usa. Puedes quedarte allí mientras te curas.

—¿Cuánto me costará? —preguntó Lou.

—Nada.

—Pues gracias. No estoy acostumbrada a recibir algo a cambio de nada. Todo tienen un precio y todo se paga. Aunque... quizá aquí eso sea diferente.

Lou se despidió de su benefactor, que le entregó unas llaves y unas indicaciones escritas en una cuartilla blanca.

Caminaba despacio, respiraba a cada paso para aliviar el dolor. Se sentía vulnerable y extraña.

Ya en la casa, Lou se alegró al ver que no era un lugar lleno de trastos viejos y recuerdos polvorientos. Solo había una mesa con dos sillas, una cama sencilla, una ventana desde la que se veía el arroyo y en la cocina, lo justo. ¡Bien, aquí hay espacio para respirar! —exclamó Lou.

Se sentó cerca de la ventana y en el alféizar vio una hormiga que avanzaba lentamente bajo la sombra de la enorme hoja que cargaba. Era un día soleado pero ella no lo sabía.

El ojo le dolía mucho, todo le parecía inestable y falto de nitidez: las líneas, las formas, los colores. Volvía a sentirse atrapada y sola. ¿Habría caminado en vano?

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Una mosca vino a perturbar su paz con su desagradable zumbido. Recordó a la anciana: ¿a qué se refería con lo del sapo? ¡Cuidado, mosca impertinente, podría tragarte de un bocado! —gritó Lou, burlona.

La mosca volaba atolondrada y torpe, de aquí para allá, dando vueltas inútiles, hasta que se posó en la pared junto a Lou, que pudo observar aquellos enormes y punteados ojos de cerca. Quizá vuelva así porque lo ve todo como piezas sin encajar, pensó Lou.

Ajustó la contraventana y el zumbido cesó. En la oscuridad, recordando las enigmáticas palabras de la anciana, lloró sin saber bien por qué. Lloró durante horas. Un devenir continuo de imágenes inundó su mente: personas que había amado, a las que causó dolor y otras que le hicieron daño. Recordó aquel día de intensa lluvia en el que por un milagro salvó la vida.

Todo era muy confuso. Lou solo quería curarse y salir de allí, ya no quería conocer el Valle de la Luz ni encontrarse con aquella anciana nunca más.

De repente, alguien llamó a la puerta. Lou pensó que quizá fuera el buen pastor; pero no, para su sorpresa, era la anciana de la muralla.

—Hola, Lou, he sabido que estabas aquí y me he permitido venir a visitarte.

—Pues qué bien. Pase, pase usted —dijo Lou, con un gesto de contenida amabilidad. Abrió un poco la contraventana y la mosca volvió a zumbar de aquí para allá.

—¿Cómo va tu ojo?

—¿Cuál de ellos? —respondió Lou con aquel tono sarcástico bajo el que se camuflaba bien.

—Veo que vas comprendiendo —dijo la anciana con una amplia sonrisa.

Lou se mordió el labio inferior para evitar lanzar otra flecha por respuesta, porque en el fondo de su alma conocía bien el valor de una conversación sincera.

—No sé, me parece interesante estar aquí, en la penumbra como toda medicina, con mi ojo bueno tapado y el otro que se ha vuelto un parlanchín.

—¿Ah sí?, ¿y qué te cuenta?

—Me habla de sapos que falsearon mi voz, de las lágrimas que no lloré, de delicadas amapolas que sin querer pisé. De miedos, huidas y muchas palabras, las que pronuncié y también las que callé.

—Todo está bien, Lou —dijo la anciana.

Sacó un pequeño sobre del bolsillo y añadió:

—Léelo cuando te sientas curada. También te he traído a un fiel amigo —continuó, dejando entrar a un perro grande y de rojizo pelaje que fue directo hacia Lou y se tumbó junto a sus pies.

—A mí los perros no me gustan mucho, me dan un poco de miedo.

—Parece que le has gustado. Es un cruce, su madre era una loba y puede ver en la oscuridad, se llama Amor —dijo la anciana, persuasiva.

Lou miró a aquel animal de aspecto poderoso y paciente. Lo miró a los ojos y sintió que algo se le removía por dentro:

«De acuerdo, me lo quedo unos días, hasta que me encuentre mejor. Será una buena compañía, creo».

Lou se despidió de la anciana. Los días pasaban. El dolor cedía y su ojo izquierdo, poco a poco, se volvía ágil, más firme y veía con mayor claridad. La presencia desinteresada y sin apremios de Amor le despertaba una inusitada ternura, que la hacía sentir vulnerable y bella hasta el rubor, al no poder dejar de acariciarle y disfrutar de su calor. Por primera vez en muchos años, Lou se quedó quieta, sintiendo.

Una mañana, al despertar, supo que estaba curada. Se quitó la venda, abrió la ventana y dejó entrar la luz del sol. Salió con Amor a correr por el prado hasta el arroyo, quería lavar sus ojos con el agua cristalina. Al inclinarse, una ráfaga de viento del este se llevó el viejo pañuelo que cubría su cuello.

Miró a su alrededor y sintió que algo muy dentro de sí se había fusionado para siempre. Sus ojos desprendían armonía y equilibrio. Se sentó en la hierba para abrir el sobre que la Guardiana del Destino le había entregado. Contenía una pequeña nota escrita con trazo delicado: «Mi querida Lou, siempre has vivido en el Valle de la Luz y lo que tanto deseas está en tu mano».

ONE FOOT ON THE GROUND, ONE IN THE AIR

VERONIKA SROMOVA



honk of a train. Once again on the journey. From himself, from his own shadow. Like a flower, Hank would do the same. And go. Wherever the current takes him.

With a violin on his back, he takes steps and, in his imagination, plays a melody. Creating songs just by the simplicity of walking. As his feet touch the ground, he feels the contact of the earth. So steady, so firm, and yet fleeting. Once foot on the ground, one in the air. One foot on the ground, one in the air.

Years go by in this way, once he lands in a piece of land, there he goes again, packing his small bag, violin and going to another place, following the sun.

—Why don't you stay? —small children ask him, wishing he could play a few more songs to them.

Hank nods his shoulders with a brief smile on his face and eventually turns his back to them.

—What are you running away from? —women ask him after spending days and nights with Hank and suddenly they see him packing his small bag and violin.

Hank only smiles and thanks politely for their hospitality.

And even if every day is different, one of them changes his life upside down...

That night he had a dream. In the dream he was blind. He couldn't see anything except from the clouds of colors in the darkness that surrounded him. As they were getting closer, they started vibrating their colors with more intensity and Hank could hear some of them with melodies. Feeling overwhelmed by the vividness of his dream, he wanted to escape it. He wanted to open his eyes and turn on the light of his pilgrim room of a south French village. But he kept dreaming in the darkness, surrounded by the clouds of colours and their melodies. Some warm, some cold. Some fast and others slow.

Hank woke up all sweated into the dark room. He wasn't sure if he was still dreaming or not, because he kept seeing colours around him, clouds of different sizes, moving around the room.

—Who are you? What do you want? —asked Hank as his voice was shaking with fear.

Silence. Silence that hurt his ears more than a thousand violins playing at the same time.

Clouds of colors kept floating around the room peacefully. But Hank was everything but peaceful. He couldn't stay in the room. Took his small bag and violin and went out in the night street, covered only by a few stripes of moon and blinking street light. Clouds of colors did not follow him. But he could see them through the windows of his room.

—Uff! —he thought—, what a weird dream I had!

He went into the mountains and waited for the sunrise. Welcomed the sun with a warm melody of his favorite song. As the church clock rang the beginning of the day for the rest of the village, he went down to the middle of the main square and stood in the middle with his violin in hands and hat in front of him. He closed his eyes and started to play.

Three songs passed without Hank opening his eyes. Once he did open them, he stood shocked. A circle of people around him.

And each and every one of them with a different colorful cloud around them, each color special. Some clouds seemed to be just hanging in the air, not belonging to anybody, at least not visibly.

Hank couldn't move his hands. He heard the sound of his violin dropping on the ground. Unnoticed. All he could see was the people and their clouds.

The crowd started to whisper and change colors slightly. Except from one child. Small girl shining as bright as the sky, as white as snow. She slowly moved to Hank and threw a coin in his hat. She smiled and whispered:

—You see them too, don't you?

Hank stood speechless as the little girl strolled back to her mother.

The violin did its work for the day. Hank could not play any longer. While packing his things, with a corner of his eye watched the confused people and their clouds slowly break the circle and go on with their day. Found his way to the train station thinking:

—This place is strange, I'd better get out of here, who knows what are the secrets of this village!

He didn't hear any melodies on the way with his steps, he could only hear his thoughts trying to explain what he just saw. Neither he was noticing the contact with the earth when touching the ground, one foot down, one in the air.

Hank bought a ticket for the first train that arrived. As he entered the wagon, he saw people and their clouds.

—Of course —he thought to himself and closed his eyes to escape at least only for a while.

Only the people in the wagon disappeared. Clouds of colors stayed and what more, Hank could hear soft melodies of each of them. He took a deep breath and tried to see what was happening, without the feeling of fear and confusion.

—They would make for a pretty good orchestra... Except

from one. Back there, behind everyone, that black one plays real bad! —thought Hank while covering his ears to hide away from the disharmony that one cloud was creating.

He opened his eyes and looked to the direction of the black loud cloud. There was a man in his middle years with his face all frowning, eyes flashing with some sort of evilness and hand full of... «What? Is he stealing money from that sleeping lady?»

—Stop! —shouted Hank and run over to the man—. We have a thief here!

All he remembered next is a big fat fist getting closer to his face and darkness. Well... not really a darkness. A lot of colorful clouds floating around.

—Are you all right?

A melody so soft and sweet that Hank wished to keep his eyes closed forever and hear that voice until eternity. He opened his eyes but could only see some blurry shapes and colors.

—Am I dreaming again? —he asked himself—. Is this another dream world I see?

—The thief was handed to local officers at the previous station. Must have been really silly to think that he could get away with it. But what you did was very brave.

The soft voice continued. Hank rubbed his eyes and looked at the creature in front of him. Very remotely, the shapes of the holder of this voice reminded him of a fairy.

—Who are you? —he asked half dreaming, half awake.

—I am Mariel. I was sitting right next to you before... I saw you have a violin. —She noted and gave Hank his instrument. Warm feeling of the wood made him relax. But not as much as hearing the voice.

—Where do you travel? —he asked, wishing that Mariel would continue with her story.

—To my grandmother. It is her 100 birthday today.

—That is a reason to celebrate —Hank nod his head.

—She's half deaf... but overall in a really good shape. My grandfather used to play violin to her.

—I could come with you and play her some songs. It is her 100 years birthday celebration after all —offered Hank and prayed for a yes.

—Oh, she would love that I am sure —Mariel answered and Hank could see the bright cloud around her vibrate slightly. He was sure that from that day he would do anything to follow that bright cloud and sweet voice anywhere, if she wanted to.

Mariel and Hank spent all days together and their clouds were shining. Together they were creating soft melodies that inspired Hank to compose more and more songs. He could only see blurry shapes and colors but his world was more beautiful than ever. No longer he needed to run from himself. He met his shadow. He saw his own colors. And met someone whose colors and melody he wanted to feel every day, until his body would be old and grey. Or white. Or whatever color it would take by then.

His new songs were touching peoples hears. Because he would create them in synchrony to their own melodies, to their own colors. Soon he became the best and most favored violinist of the region. And with little help of Mariel, the best violinist of France. People from all parts of the world would come to hear the music of a blind violinist who saw only what he needed to see. The true colors and melodies of people around him.

AMBRUT: HISTORIA DE UN DRAGÓN AUTÉNTICO

DIEGO MARÍN ROMERA

Erase una vez un pequeño dragón que apenas ya nacido soñaba con llegar a ser el mejor y más poderoso de los dragones. Sus padres le habían enseñado que a dragón sólo se llega si uno traba duro y se esfuerza en ello.

Nuestro personaje se llamaba Ambrut y vivía en un país llamado Aladia, perteneciente al archipiélago Kalot en el planeta Viril. Ambrut era un dragón más grande de lo normal para su edad, de hecho sus compañeros a veces le habían confundido con uno de los dragones cuidadores que solían volar alrededor de la escuela de dragones alados, Olabat.

Ambrut pertenecía a la familia de los dragones alados y en la escuela aprendía las normas básicas del Mundo Dragón así como las directrices para llegar a ser un auténtico dragón alado.

Un día, mientras Ambrut merendaba, su madre se acercó y le dijo:

—Ambrut, hijo mío, recuerda bien esto que voy a decirte porque es muy importante. Si deseas ser un verdadero dragón alado, digno del reconocimiento de nuestra comunidad tendrás que esforzarte y superar todas las pruebas que te sean encomendadas por los dioses al final de tu educación en la escuela Olabat. De que las realices con excelencia o que fracases dependerá el reconocimiento de nuestra estirpe y el honor de nuestra familia.

Ambrut escuchaba con atención lo que su madre le decía mientras sus ojos se abrían cada vez más y una extraña presión le recorría el estómago, el pecho y le subía hasta la garganta.

Aquellas pruebas encomendadas por los dioses no parecían nada fáciles a tenor de los comentarios que había escuchado a lo largo de su vida. Algunas historias eran verdaderamente aterradoras y tenía miedo de seguir la misma suerte que aquellos que fracasaron y acabaron con sus alas quemadas y fueron desterrados de la comunidad.

Cien años dragón habían transcurrido desde aquella frase de su madre que tanto le marcó de por vida y ahora llegaba el momento de demostrar al mundo que era capaz de ser un auténtico dragón alado y que con determinación y confianza podría superar todo tipo de pruebas.

Amblot, el director de la escuela dragón, le entregó los dos pergaminos con las pruebas que habría de superar. Con su mirada altanera y su voz ronca le dijo a Ambrut:

—He aquí las dos pruebas que los dioses me han comunicado para ti. Dispondrás tan solo un día (un día dragonil equivalía a 30 días humanos) para realizar y superar las pruebas. Recuerda que has de tener éxito en las dos, puesto que fracasar en alguna implicaría la quema de tus alas y el destierro de nuestra comunidad. ¡Buena suerte Ambrut!

Para Ambrut, solo pensar en las pruebas que podían contener aquellos pergaminos le hacía temblar hasta la punta de su cola de dragón... pero en ese momento recordó una frase que su padre le solía decir en momentos de inseguridad y de miedo:

—Nunca se escribió nada de ningún cobarde, Ambrut.

Justo en ese momento sus temblores cesaron y con garras firmes abrió el primer pergamino y lo desenrolló.

En él se podía leer: «La Bestia Alada de Gorman. Hacia el norte habrás de viajar, tus alas allí te llevarán, a la montaña de las

cerezas verdes habrás de volar. Una vez allí la cueva de la bestia tendrás que encontrar. Habla con ella y trata de conseguir que te entregue el Secreto de la Divina Felicidad a la que todo dragón ha de aspirar ya que de lo contrario tu aliento nunca en fuego transformarás».

Ambrut ahuecó sus alas batiendo el aire con fuerza y, elevándose sobre el suelo rocoso, puso rumbo a la montaña de las cerezas verdes. El viaje fue más corto y sencillo de lo esperado, a excepción de un breve encuentro con un enjambre de gorsets que le costó a Ambrut algún que otro picotazo en el lomo.

Finalmente llegó a su destino. La montaña se erguía poderosa y repleta del color verde de las cerezas. No le fue difícil encontrar la entrada a la gruta entre el tupido color de las cerezas, pues la Bestia Alada solía dar buena cuenta de todas las cerezas en las cercanías de la gruta.

La entrada era bastante angosta y Ambrut casi rozaba con sus cuernos las rugosas paredes conforme se internaba hacia el interior de la montaña. Un hedor nauseabundo lo impregnaba todo a su alrededor, restos de fruta podrida y huesos de cereza alfombraban el suelo de la cueva.

Al fondo se vislumbraba una tenue luz que daba la impresión de ser la casa de la Bestia Alada de Gorman.

—¿Qué buscas dragón? —dijo la Bestia—. Hace ya más de tres eras que no me encuentro con uno de tu especie, pensaba que los dragones azules os habían exterminado en las últimas guerras draconianas.

—Te equivocas —le espetó Ambrut— no consiguieron acabar con mi gente y, al contrario de lo que piensas, con el tiempo aprendimos más sobre ellos, cómo vencerles y atacarles por sorpresa. Mi padre tuvo el honor de ser uno de los pocos supervivientes de aquellas guerras y de él aprendimos que los dragones azules tienen un punto débil oculto bajo sus escamas costales. Desde en-

tonces nos dejan en paz y viven en su mundo, ya no se atreven con nosotros —dijo Ambrut orgulloso.

—¡Vaya! Veo que estas muy bien informado de la historia dragonil. Dime, ¿qué necesitas de mi, dragón? —preguntó la Bestia.

—Necesito conocer el secreto de la divina felicidad y conseguir que mi aliento se encienda y cumplir con mi primera prueba para convertirme en un auténtico y poderoso dragón alado —dijo Ambrut clavando su mirada a la Bestia.

—Entiendo —dijo la Bestia—, sin embargo si te revelo esta información ya no sería un secreto, querido dragón, ¿por qué habría de contártelo? —preguntó la Bestia.

—Porque si no lo haces fracasaré en mi misión y mis alas serán quemadas y yo desterrado —dijo Ambrut.

—Mira muchacho —sonrió la Bestia—, no es problema mío que puedas fracasar en tu misión, habrás de convencerme de alguna otra forma.

Ambrut empezaba a impacientarse y se rascaba el cráneo buscando una manera de convencer a la Bestia para que le entregase el secreto de la divina felicidad, ¿qué podía hacer?

De repente le llegó la inspiración y acercándose a la Bestia le dijo:

—¿Cuántos días necesitas para conseguir la comida que necesitarías en un año?

—Pues al menos 200 días ya que en esta montaña llueve sin parar y mi piel me escuece mucho al contacto con el agua por lo que no siempre puedo conseguir la comida que preciso. Para colmo, con este cambio climático, cada año llueve más —se lamentaba la Bestia.

—Te propongo lo siguiente, Bestia —dijo Ambrut—. Podría salir a la montaña y golpear con mis alas los cerezos, recoger más de 1 millón de kilos de cerezas y traértelas aquí en menos de dos horas. A mí la lluvia no me afecta y a ti te supondría todo el alimen-

to de un año sin esfuerzo alguno, pero a cambio te pido el secreto de la divina felicidad.

La Bestia comenzó a caminar de un lado para otro, mascullando entre sus colmillos verdosos por las cerezas del almuerzo, cuando de pronto se paró en seco y dijo:

—De acuerdo, trato hecho dragón, contaré hasta el último segundo del tiempo que has dicho que vas a tardar y, si no lo consigues, tú mismo serás mi almuerzo hoy, ¿estás de acuerdo? —preguntó relamiéndose el hocico.

—Muy bien, no te preocupes, tus dientes solo degustarán el agrio sabor de tus cerezas hoy —dijo Ambrut seguro de sí mismo.

Faltaban solo unos segundos para que expirase el plazo convenido y la Bestia ya parecía frotarse las garras ante la posibilidad de almorzar carne de dragón esa mañana, cuando de repente sus pensamientos gastronómicos se vieron interrumpidos por el sonido del trotar de los pasos de Ambrut que llegaba justo a tiempo, cumpliendo con su parte del trato.

—Aquí tienes Bestia, un millón de kilos de cerezas verdes bien maduritas. ¡Que las disfrutes! —exclamó Ambrut.

—¡Albricias, lo conseguiste dragón! —gritó la Bestia—, veo que no me queda otra opción que cumplir con mi promesa y darte lo que viniste a buscar. Escucha bien, este es el secreto de la divina felicidad. Haz una inspiración profunda que llene tus pulmones de aire al tiempo que repites en tu mente el secreto que voy a revelarte. ¿Preparado? —preguntó la Bestia.

—Sí —dijo Ambrut.

—Cierra tus ojos, dragón, abre tus oídos, siente tu corazón, conecta con tu corazón y deja que venga a ti la primera escena de amor puro que tuviste en tu vida —dijo la Bestia.

Ambrut hizo lo que la Bestia le dijo, y ante él apareció una escena, el momento de su nacimiento, la mirada amorosa de sus padres cuando al nacer le recibían según rompía el cascarón.

—¿Lo ves dragón? —preguntó la Bestia.

—Sí, Bestia, lo veo —respiró Ambrut.

—Entonces pregúntate a ti mismo, mientras ves esa escena ¿cuál es el secreto de la divina felicidad? —preguntó la Bestia.

El secreto de la divina felicidad reside en dar amor y dar vida —dijo Ambrut con sus ojos húmedos por la emoción.

—Dragón —gritó la Bestia—, suelta tu aliento con fuerza y coloca tu respuesta en tu mente al mismo tiempo. ¡Que tu aliento se prenda del fuego de los dioses! —exclamó la Bestia.

En ese momento, una inmensa y ardiente llamarada emergió de los pulmones de Ambrut llenando el interior de la gruta y chamuscando las pestañas de la Bestia.

—¡Impresionante, muchacho! Nunca antes vi una llamarada tan poderosa. Imagino que has debido conectar con una verdad muy poderosa en tu interior. Te deseo un buen camino y que tengas éxito en tus aventuras —dijo la Bestia con una sonrisa de oreja a oreja.

Abrumado y con la garganta aún algo escocida, Ambrut apenas consiguió despedirse de la Bestia, agradecido y muy feliz por haber superado la primera prueba.

Llegó el momento de abrir el segundo pergamino que contenía la última prueba. Poco a poco con sus garras, fue desenrollándolo mientras notaba cómo su corazón se aceleraba latiendo más fuerte.

«El diamante mágico de Verpión. Allá donde el sol y la luna bailan pegados, el mar huele a algas y a estrellas de mar, allá donde las islas son de piedra azul, habrás de llegar. Permite a tu intuición guiarte en el camino, y que tus alas te lleven sin que tu mente interfiera. Al llegar sabrás que has llegado. Una vez allí, tendrás que encontrar al enano de un solo ojo que habita bajo el tronco de la Secuoya Reina, la más alta del bosque. Tendrás que convencerle para que te entregue el diamante mágico de Verpión».

—¡Guau! —exclamó sorprendido Ambrut—. ¿Cómo encontraré ese lugar? ¡Nunca seguí mi intuición para ir a ningún lugar sin un mapa dragonil! No lo hice nunca, pero tengo que intentarlo.

Tomó aire y ahuecando sus alas volvió a elevarse con fuerza hacia el cielo vespertino y cerrando sus ojos se dejó sentir el viento en su rostro. El silencio del cielo le envolvía y, misteriosamente, su cuerpo parecía seguir un rumbo cierto pero desconocido que probablemente ningún dragón recorrió antes.

Tras casi medio día volando, llegó hasta una inquietante isla de tonos azulados. En un claro de un bosque cercano divisó la que era la secuoya más impresionante que había visto en su vida. El tiempo que el director de la Escuela le había dado se estaba agotando. Sintió un nudo en su garganta, solo de pensar que no conseguiría su objetivo, le daba un miedo terrible. Pero debía continuar y parar sus pensamientos negativos.

Llegó hasta la base de la secuoya que, imponente, se alzaba más de 300 metros sobre la cúpula de los árboles de aquel bosque misterioso. Observó una pequeña puerta en su tronco y, tocando en ella con sus garras, llamó con fuerza. Antes del tercer toque la puerta se abrió.

Un enano con un solo ojo de aspecto gruñón le increpaba en un idioma desconocido para él

—Talcoto, talcoto un ¡cumba tó! —gritaba el enano.

—Perdón, señor, pero no entiendo su idioma, ¿habla usted mi lengua? —preguntó Ambrut.

—Ya veo ya, así que no hablas el verpionés —dijo el enano—. ¡Pues deberías, dragón insolente! ¡Allá donde fueras, ese idioma conocer debieras! —exclamó el enano con acritud—. Pero bueno, está bien, por esta vez me dignaré a hablar tu insulso idioma, ¿qué necesitas que me llamas a estas horas? —preguntó el enano.

—Señor, necesito conseguir el diamante mágico de Verpión, ¿podría ayudarme? —preguntó Ambrut.

—¡Jajajaja, me parto de risa muchacho! —exclamó el enano—. ¡A estas horas y con estas demandas! ¿Quién te crees que eres? ¡Pues no que me pide ni más ni menos que el diamante mágico de Verpión! —exclamó el enano con los ojos rojos de ira.

El tiempo se acababa y Ambrut no sabía cómo conseguir la segunda prueba y para colmo el enano no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Mire usted, señor enano —dijo Ambrut.

—Me llamo Nicolás, querido, te recomiendo que me llames por mi nombre si no quieres que me largue inmediatamente, ¡uhm! —exclamó el enano.

—Perdone usted, señor Nicolás, pero mi tiempo se acaba y he de regresar a casa con el diamante o de lo contrario perderé mis alas y me expulsarán de mi comunidad —se lamentó Ambrut.

—Lo siento dragoncito, yo ya tengo mis quehaceres y mis propios problemas, no sé cómo ayudarte en estos menesteres —se quejó Nicolás—. Todo el mundo en esta isla sabe que el diamante mágico de Verpión es una leyenda, no sé si incluso una metáfora, que no existe en realidad, la verdad —dijo Nicolás.

—¿Una leyenda? ¿Una metáfora? —murmuró para sí Ambrut—. ¿Pero qué hacer si en realidad no existe? —se preguntaba.

—Mira, muchacho, te voy a decir algo porque me estas dando algo de pena esta tarde —dijo con preocupación Nicolás—. ¿Cuál es el mineral más precioso y valioso del mundo? —preguntó Nicolás.

—Uhhmmmm, el diamante —exclamó Ambrut.

—Correcto, y dime muchacho —continuó Nicolás, ¿qué es lo máspreciado que hay en tu interior?

Ambrut rascaba su cráneo mientras suspiraba profundamente y dijo:

—Mi determinación, mi fuerza y mi motivación cuando quiero y me propongo algo que para mí es muy importante —exclamó mirando a Nicolás.

—¡Perfecto!, entonces si eso es lo más valioso que posees en tu interior quizás puedas aún conseguir tu objetivo. Quizás el diamante de Verpión este justo frente a tu hocico y ni lo has visto —dijo Nicolás con voz misteriosa—. Tengo una idea, agarra esa piedra de tu derecha. Apriétala con todas tus fuerzas al mismo tiempo que conectas con tu deseo más importante en este momento. Entonces, y solo entonces, lanza una llamarada contra la piedra que tienes en tu garra y veamos qué pasa —dijo Nicolás.

Ambrut hizo lo que le dijo aquel hombrecillo, cogió la piedra, la apretó con todas sus fuerzas al mismo tiempo que conectaba con su deseo de pertenecer a su clan, los dragones alados y, cogiendo aire, lanzó con todas sus fuerzas el fuego más abrasador que fue capaz de generar. Unos segundos después, abriendo sus ojos, observó lo que aparecía al retirar sus garras de aquella piedra o, mejor dicho, de lo que quedaba de ella. Asombrado, con las fauces abiertas, vio ante él un brillante y hermoso diamante, cuyo fulgor iluminaba aquel trozo de bosque en el que se encontraban.

—¡Guau! Es impresionante —exclamó Ambrut.

—Así es dragoncito o, mejor dicho, Señor Dragón, he ahí la síntesis de sus grandes dones y verdades, su amor a la vida y su fuerza y determinación. La alquimia hizo el resto y ese es el resultado. ¡Enhorabuena! —dijo Nicolás observando de cerca aquel precioso diamante con su único ojo—. Te deseo buen viaje de vuelta a tu comunidad.

—Gracias Nicolás, de veras que ha sido un placer. ¡Menudo aprendizaje ha sido esta experiencia! —exclamó Ambrut.

Una vez más. Ambrut alzó el vuelo para regresar a la Escuela antes de que expirase el plazo que Amblot le había dado.

Tres segundos antes de que el sol se ocultase, las patas de Ambrut impactaron con fuerza en el polvoriento suelo del patio de la escuela, donde todos los dragones se congregaban expectantes

para comprobar si Ambrut cumpliría con su misión o sería desterrado de la comunidad.

—¡Llegaste Ambrut! —exclamó Amblot—. El tiempo ha terminado, muéstranos el resultado de tus hazañas para que la Comunidad decida tu destino.

En ese momento, Ambrut abrió sus garras mostrando el fulgurante diamante de Verpión mientras, respirando profundamente, lanzaba una inmensa llamarada que iluminó la escuela por completo y a los que allí se congregaban.

Todos los dragones, sonreían felices y aplaudían los logros de Ambrut, lo había conseguido, gracias a su amor por la vida, a su tesón y su determinación por aquello en lo que creía, había logrado ser reconocido como miembro de la Comunidad del Dragón Alado. Sin embargo, más allá de aquel reconocimiento, había conseguido reconocerse a sí mismo, sintiéndose un auténtico dragón alado.

FIN

A mis hijos Francesc, Ivan y Manel por este regalo.

MIA Y SU CAJA DE CRISTAL

CARMEN YÚFERA SÁNCHEZ

Erased una vez una niña llamada Mia.
Mia vive con sus padres y sus tres hermanos en una torre situada en lo alto de una montaña. Ella abre los ojos, se despierta un día más, en su casa reina la tranquilidad, aunque oscura, algunas veces se asoma por la ventana de su habitación ve una familia de gatos de todos los colores, juegan corren y saltan por los tejados. Mia se siente confusa en esa torre silenciosa, donde todos parecen estar siempre ocupados.

Construye puentes y pasadizos a lo largo del gran pasillo, trepa y se pasea por ellos, con cuidado de no caer al vacío, donde habitan dragones y serpientes gigantes, lo que le preocupa es no mancharse la ropa.

Rosa, su melliza, un día creyó ver su Luz por una ventana y se lanzó para atraparla, en un instante aparecieron unas hadas y le acompañaron en su viaje.

A partir de entonces ya no quiso jugar más como solían hacer cuando bajo los pinos las acequias eran ríos hasta que sus sombras desaparecían.

Pasó un día y otros más, bajó por la montaña dejando atrás los años de aprendizaje. Adentrándose en el bosque, caminó durante mucho rato y siguió por senderos disfrutando de cuanto veía a su paso, que guardaba en su caja de cristal.

Anohecía, a lo lejos divisó algo, parecía un laberinto, decidió entrar recordando las palabras de su padre «no entres donde no sabes lo que te espera». Decidió enfrentarse a su destino encontrando túneles y pasadizos, había escarcha y neblina, el silencio era absoluto, siguió avanzando, en su cara un enjambre de arañas pendían de un hilo, eso también lo guardó en su caja.

De repente escuchó una música, que le hizo despertar y olvidándose de su cansancio se acercó a la música. Era un salón de baile, el suelo era de mármol y de las paredes brotaban gotas de agua azules, en el centro una lámpara de cristal servía de columpio a unos gorriones. Un caballero parecía esperarle en aquel lugar, intercambiaron miradas fugaces mostrándole el camino de salida. Un beso bastó para sentir que se le aceleraba el pulso en aquel momento un chispazo de aire le inundó, subiéndose a su caballo volaron alto, conocieron otros países y nuevos mares, tuvieron tres hijos, que veían jugar en la misma playa de su juventud de arena suave y agua transparente.

Una libélula le susurró al oído que debía regresar con su familia. Se acercó a su padre cogiéndole su fría mano desvaneciéndose en la niebla de una fría habitación. Al poco tiempo un libro grande y pesado que él le había regalado, se cayó de una estantería hasta el suelo, se titulaba «mujeres célebres».

Mia destapa su caja de cristal y mientras lo hace va recordando muchos momentos vividos. Ha tenido una familia hermosa dándole sentido a su vida.

Ahora sentada en el porche frente al bosque, ve los árboles enormes, aquellos que un día su caballero plantó y cuidó. Las estaciones pasan deprisa.

Junto a sus mascotas espera a sus hijos y nietos para celebrar cualquier cosa.

*En agradecimiento a mis padres,
mis hermanos,
mis amigas y amigos,
y, en especial, a mis tres tesoros.
Gracias a la vida.*

TODO A SU TIEMPO

CONSUELO TORREGROSA

rase que se era, una pequeña oruga blanca, con patitas cortitas y una sonrisa de antena a antena, que se deslizaba por la vida buscando su lugar entre los fuertes y robustos troncos de aquellos árboles grandes, altos y frondosos entrelazados entre sí.

Siempre apoyada y acompañada de su infatigable madre, una bella y dulce mariposa que no cesaba de volar entre los troncos mientras la protegía en todo momento.

Los troncos de los árboles se hacían cada vez más fuertes. Crecían con las raíces bien arraigadas a esa tierra pura y virgen donde habían tenido la suerte de nacer.

Mientras tanto, la pequeña oruga, cansada y desmotivada de ver que era incapaz de alcanzar la copa de aquellos árboles gigantes, decidió parar en el camino.

Allí se quedó, escondida en la grieta de uno de esos troncos, enroscada, protegida del viento y la lluvia. Siempre, siempre bajo la protección de su madre, aquella mariposa bella y dulce.

Con el paso del tiempo, junto a aquellos tres troncos entrelazados fuertes y firmes que construyeron el gran árbol, asomaba tímidamente un nuevo tronco.

La pequeña oruga había crecido en su propio mundo y sin ninguna otra pretensión que estar con ella misma y con todos los

insectos que iban apareciendo en su vida. Hormigas, mariquitas, grillos y un sinnúmero de bichillos más compartieron con ella momentos inolvidables.

Un buen día, la oruga decidió deslizarse a ese nuevo tronco que había brotado de forma paralela junto al gran árbol fuerte y robusto de tres troncos.

Fue desplazándose por la corteza rugosa al mismo compás que el arbolito crecía pasito a pasito. Aparecieron múltiples ramitas, grandes y pequeñas, con hojas y sin ellas, algunas hasta con nidos de pajarillos piando sin cesar.

En la copa de este nuevo árbol se respiraba vida, alegría, movimiento y, por supuesto, el aleteo de esa mariposa bella y dulce que seguía protegiendo a la oruga.

La magia de la primavera hizo que reviviesen todos los bichillos en ese nuevo árbol lleno de vida, con sus hojas verdes y ramas frondosas, pero siempre a la sombra del gran árbol de tres troncos.

Llegó el otoño, con sus colores rojos, naranjas y amarillos. El árbol lleno de vida comenzó a perder sus hojas. Los pájaros emigraron hacia otro lugar, las hormigas volvieron a su hormiguero entre las raíces del árbol, los grillos dejaron de cantar y los pájaros de pisar.

La oruga, huyendo de aquella soledad, decidió encerrarse en sí misma dentro de su asombroso capullo de hilo de seda. Allí pasó una larga temporada en su caparazón blandito, suave y acogedor.

Durante todo este largo espacio de tiempo, la oruga no paró de pensar, de crear e imaginar el mundo que le esperaba fuera de aquel denso conjunto de hilos de seda, que, aunque acogedor, no le dejaba avanzar.

Pasó el frío invierno y una nueva primavera volvió a aquel lugar donde seguía el árbol fuerte de tres troncos entrelazados, el árbol con sus ramitas y el capullo de seda de la pequeña oruga. La vida parecía haber resurgido alrededor de aquel huevo sedoso.

La oruga, cogiendo fuerza dentro de su coraza, decidió que debía salir a disfrutar de aquel maravilloso mundo de alegría que se escuchaba fuera.

Sin pensarlo ni un minuto más, tejió su mejor vestido con aquel hilo blanco sedoso, se puso las alas más bonitas y elegantes que nunca se pudo imaginar y emprendió vuelo sintiéndose fuerte y libre.

Aquella pequeña e insignificante oruga, se convirtió en una de las mariposas más hermosa y linda del lugar.

Voló y voló con tanta fuerza que consiguió llegar a la copa frondosa de aquel árbol de tres troncos fuertes y poderosos, sintiéndose igual de empoderada que ellos y acompañada de su incansable madre, aquella mariposa bella y dulce que nunca dejó de estar junto a ella.

La oruga se sentía orgullosa, tranquila y feliz, muy feliz por haber volado tan alto como siempre había deseado.

A partir de este momento, la maravillosa mariposa de seda blanca y alas deslumbrantes retomó el control de su vida revoloteando entre las hermosas hojas, las flores de miles de colores, las numerosas mariposas que volaban a su compás y los tres bichillos, tres tesoritos que llegaron un día a su vida para ocupar su corazón.

*En agradecimiento a mis hijos
por darme fuerzas para volar muy alto.*

HORA DE MARCHARSE

MARÍA DEL MAR PÉREZ



rased una vez una niña que se llamaba María, alegre y muy dicharachera.

La pequeña siempre iba buscando un reconocimiento desde su infancia, quería ser aceptada. A veces, pensaba de dónde era. Esa niña fue creciendo sin saber. Siempre inquieta en poder hacer algo que ella quería y no lo que le imponían.

Llegó la hora de hacer un cambio. Esa niña tomó las riendas de su vida. Formó una familia. Tuvo dos hijos y a pesar de todos sus esfuerzos seguía sin sentir que la valoraban ni la respetaban.

Un día, se despertó y mirando a sus dos tesoros, sus hijos, dijo:

—Es hora de marcharse, ellos me darán la fuerza que necesito para volar.

No le importó todos los obstáculos que tenía, fue a por sus sueños y a demostrar que podía convertirlos en realidad. Y lo consiguió.

En su trabajo, María se siente como una reina. Es querida, reconocida y brilla con luz propia.

Un día apareció en su vida un caballero de ojos azules. Se paró delante de ella y sin darse cuenta la encandiló.

María no podía creer lo que le estaba pasando. Se le había destapatado su corazón. Vivió unos momentos mágicos, estaba como

en sueños. Hasta que apareció la madrastra malvada que no podía ver tanta felicidad. Y junto al séquito malvado tramó una trampa para poder separarlos.

Ese caballero de ojos azules se dejó dominar por la bruja malvada y se alejó de su amada.

María se sintió otra vez abandonada y no reconocida y se preguntaba por qué. Si ella era dulce y cariñosa y le hacía el bien a todos. No lo podía entender. Rota de dolor y con lágrimas en los ojos, se retiró a pensar.

Una mañana María se levantó y se dijo: «es hora de marcharse». Pensó que era ella la que tenía que hacer el cambio, que tenía que hacer cosas por ella.

María empezó a volar, a descubrir la música, a estremecerse cuando escucha tocar un violín, a apreciar el atardecer, descubrió el placer de viajar...

Empezó a sentirse otra vez como una reina, a volar sin alas, a subir las escaleras como una princesa.

El caballero de ojos azules se quedó pensando y pensando si hizo lo correcto en dejar a su amada. Mientras él pensaba, María volaba y volaba. Y entonces ella comprendió la crueldad de la madrastra, cómo con su inteligencia devastadora y mala utilizó la bondad y la sensibilidad de María para jugar en contra de ella sin saber que le hacía un gran favor.

A María le hizo más fuerte, le hizo volar y volar muy alto, y al caballero de ojos azules lo dejó pensando y triste.

De pronto, una mañana, el caballero de ojos azules despertó de su letargo y después de pensar y pensar cogió su bólide y corrió a la reconquista de su amor.

Haz el bien y no mires a quien.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

UN PIE EN LA TIERRA Y OTRO EN EL AIRE

Veronika Sromova

El pitido del tren. De nuevo en el camino. Otra vez en el camino para escapar de sí mismo, de sus propias sombras. Como un girasol que se mueve hacia la luz, Hank hace lo mismo, yendo allá donde la corriente le lleva.

Con su violín a la espalda crea una melodía con sus pasos, componiendo canciones simplemente con la sencillez de su caminar. Cuando sus pies tocan el suelo siente el contacto con la tierra de una manera firme pero efímera

Así pasan los años. Una vez que aterriza en un pedazo de tierra se marcha de nuevo. Hace su maleta, guarda el violín y se va a otro lugar siguiendo al sol.

—¿Por qué no te quedas? —le preguntan los niños pequeños deseando que les toque algunas canciones más.

Hank asiente con los hombros con una breve sonrisa en su rostro y finalmente les da la espalda.

—¿De qué huyes? —le preguntan las mujeres después de pasar días y noches con Hank y, de repente, lo ven haciendo su pequeña maleta y guardando su violín.

Hank solo sonríe y agradece cortésmente su hospitalidad.

Y aunque cada día es diferente, uno de ellos cambia su vida.

Esa noche tuvo un sueño. En el sueño estaba ciego. No podía ver nada en la oscuridad que lo rodeaba, excepto las nubes de colores. A medida que se acercaban, comenzaban a vibrar sus colores con más intensidad y Hank podía escucharlo con melodías. Sintiendo abrumado por la viveza de su sueño quiso escapar de él. Quería abrir los ojos y encender la luz de su habitación de peregrino, en un pueblo del sur de Francia. Pero siguió soñando en la oscuridad, rodeado de nubes de colores y sus melodías. Algunas cálidas, otras frías. Unas rápidas y otras lentas.

Hank despertó sudado en el cuarto oscuro. No estaba seguro si todavía estaba soñando o no porque seguía viendo colores a su alrededor, nubes de diferentes tamaños moviéndose por la habitación.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó Hank mientras su voz temblaba por el miedo.

Silencio. Silencio que hirió sus oídos más que mil violines tocando al mismo tiempo.

Nubes de colores seguían flotando pacíficamente por la habitación. Pero Hank era de todo menos pacífico. No podía quedarse en la habitación. Tomó su pequeño bolso y su violín y salió a la calle de noche, iluminado solo por unas pocas rayas de luna y un farol parpadeante. Las nubes de colores no lo siguieron. Pero podía verlas a través de las ventanas de su habitación.

—¡Uff! —pensó— ¡Qué sueño tan raro tuve!

Se fue a las montañas y esperó la salida del sol. Dio la bienvenida al sol con una cálida melodía de su canción favorita. Mientras el reloj de la iglesia marcaba el comienzo del día para el resto del pueblo, bajó al centro de la plaza principal y se paró en el medio

con el violín en las manos y el sombrero frente a él. Cerró los ojos y comenzó a tocar.

Pasaron tres canciones sin que Hank abriera los ojos. Una vez que los abrió, se quedó estupefacto. Un círculo de personas a su alrededor. Y todas y cada una de ellas con una nube de colores diferente a su alrededor, cada color especial. Algunas nubes parecían estar suspendidas en el aire, sin pertenecer a nadie, al menos no visiblemente.

Hank no podía mover las manos. Escuchó el sonido de su violín cayendo al suelo. Inadvertido. Todo lo que podía ver era la gente y sus nubes.

La multitud comenzó a susurrar y cambiar ligeramente de color, excepto una niña. Niña pequeña tan brillante como el cielo, tan blanca como la nieve. Lentamente se acercó a Hank y echó una moneda en el sombrero. Ella sonrió y susurró:

—Tú también los ves, ¿verdad?.

Hank se quedó sin palabras mientras la niña caminaba hacia su madre.

El violín hizo su trabajo diario. Hank no pudo tocar más. Mientras guardaba sus cosas, con el rabillo del ojo observaba a las personas confundidas y sus nubes que rompían lentamente el círculo y continuaban con su día. Encontró su camino a la estación de tren pensando: «Este lugar es extraño, mejor me voy de aquí, ¡quién sabe cuáles son los secretos de este pueblo!». No escuchó ninguna melodía en el camino con sus pasos, solo podía escuchar sus pensamientos tratando de explicar lo que acababa de ver. Tampoco notaba el contacto con la tierra al tocar el suelo, un pie abajo, otro en el aire.

Hank compró un billete para el primer tren que salía. Cuando entró en el vagón, vio gente y sus nubes. «Por supuesto», pensó para sí mismo y cerró los ojos para escapar, al menos, solo por un rato. Las personas en el vagón desaparecieron. Nubes de colores

se quedaron, Hank podía escuchar suaves melodías de cada una de ellas. Respiró hondo y trató de ver lo que estaba pasando sin la sensación de miedo y confusión.

«Harían una orquesta bastante buena... excepto por una persona. Allá atrás, detrás de todos, ¡esa nube negra toca muy mal! —pensó Hank mientras se tapaba los oídos para esconderse de la desarmonía que estaba creando la nube.

Abrió los ojos y miró en dirección a la nube negra y ruidosa. Había un hombre de mediana edad con el rostro todo fruncido, los ojos brillando con algún tipo de maldad y la mano llena de... «¿Qué? ¿Le está robando dinero a esa dama dormida?».

—¡Alto! —gritó Hank y corrió hacia el hombre—. ¡Tenemos un ladrón aquí!

Todo lo que recordó a continuación fue un puño grande y gordo acercándose a su rostro y la oscuridad. Bueno... no es realmente una oscuridad. Un montón de nubes de colores flotando alrededor.

—¿Estás bien?

Una melodía tan suave y dulce que Hank deseó tener los ojos cerrados para siempre y escuchar esa voz hasta la eternidad. Abrió los ojos pero solo pudo ver algunas formas y colores borrosos.

—¿Estoy soñando otra vez? —se preguntó—. ¿Es este otro mundo de sueños que veo?

—El ladrón fue entregado a los agentes locales en la comisaría. Debe haber sido muy tonto pensar que podría salirse con la suya. Pero lo que hiciste fue muy valiente —continuó la voz suave. Hank se frotó los ojos y miró a la criatura frente a él. Muy remotamente, las formas del poseedor de esta voz le recordaban a un hada.

—¿Quién eres? —preguntó medio soñando, medio despierto.

—Soy Mariel. Estaba sentado a tu lado antes... Vi que tenías un violín —ella cogió y le dio a Hank su instrumento. La cálida

sensación de la madera le hizo relajarse, pero no tanto como escuchar la voz.

—¿A dónde viajas? —preguntó deseando que Mariel siguiera con su historia.

—A ver a mi abuela. Hoy es su 100 cumpleaños.

—Ese es un motivo para celebrar —asintió Hank con la cabeza.

—Ella es medio sorda, pero en general está en muy buena forma. Mi abuelo solía tocarle el violín.

—Podría ir contigo y tocarle algunas canciones. Después de todo es la celebración de su cumple 100 años —ofreció Hank y rezó por un sí.

—Oh, seguro que le encantaría —respondió Mariel y Hank pudo ver la nube brillante que la rodeaba vibrar levemente. Estaba seguro de que a partir de ese día haría cualquier cosa para seguir a esa nube brillante y esa dulce voz a cualquier parte, si ella quería.

Mariel y Hank pasaban todos los días juntos y sus nubes brillaban. Juntos creaban melodías suaves que inspiraron a Hank a componer más y más canciones. Solo podía ver formas y colores borrosos, pero su mundo era más hermoso que nunca. Ya no necesitaba huir de sí mismo. Se encontró con su sombra. Vio sus propios colores. Y conoció a alguien cuyos colores y melodía quería sentir todos los días, hasta que su cuerpo fuera viejo y gris. O blanco. O del color que tuviera para entonces.

Sus nuevas canciones tocaban los oídos de la gente. Porque los creaba en sincronía con sus propias melodías, con sus propios colores. Pronto se convirtió en el mejor y más favorecido violinista de la región y, con ayuda de Mariel, el mejor violinista de Francia. Gente de todo el mundo vendría a escuchar la música de un violinista ciego que solo veía lo que necesitaba ver: los verdaderos colores y melodías de las personas que lo rodean.

Esta primera edición de *La nana Olvido y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar
en mayo de 2022.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimocuarto se han
recogido los cuentos escritos por:
Santi Gutiérrez, Marga López, Virginia
Beltrán, Veronika Sromova, Diego Marín,
María del Carmen Yúfera, Consuelo
Torregrosa y María del Mar Pérez.
Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los
días 11, 12 y 13 de marzo de 2022 en La Casa
de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-8-1



ISBN: 978-84-120981-8-1